

Colegio SS.CC. Concepción
Jueves Santo
31 marzo 1994

Ponerse ante el amor de Dios manifestado en Jesús

Introducción

En este día Jueves Santo la liturgia nos pone ante dos gestos simbólicos de Jesús, que buscan develar el sentido más profundo de su acción. Dos gestos que son la *llave* para abrir la puerta del sentido de toda su acción. Dos gestos que constituyen una clave interpretativa de toda su acción. Se trata de la eucaristía y del lavado de los pies.

En la eucaristía el gesto del pan repartido nos pone ante la figura de Jesús que se entrega, y que al hacernos compartir un mismo pan nos invita a entrar en una dinámica de fraternidad. El gesto del vino ofrecido, que alude a la sangre derramada, nos pone ante la Alianza nueva. Es decir, el gesto del amor de Dios, por medio del cual Él mismo quiere hacernos su pueblo; y para hacerlo Jesús carga sobre sus hombros nuestras fallas, se entrega por nosotros, a fin de que en Él alcancemos la vida plena. Es un gesto de solidaridad hasta lo más hondo.

El gesto del lavado de los pies no pone muy directamente ante aquello que constituye el sentido último del actuar de Jesús: una dinámica de servicio, de servicio humilde, callado, discreto. Entendiendo esta dinámica es que se entiende el sentido de la muerte de Jesús, y es posible entrara en ella, que es lo que conduce a la vida, al gozo. Esto es lo que con claridad dice Jn 13, en palabras y en gestos.

Ambas acciones son importantes de recordar en este momento, porque antes de entrar en los días de la pasión del Señor es indispensable reforzar la mirada para entender su real significado. De otro modo es posible que nos desconcertemos, que perdamos de vista el horizonte último del actuar de Jesús, y que de este modo nos quedemos fuera de lo más hondo de su quehacer. Y la motivaciones profundas de Jesús se pueden resumir en el tema del amor. Un amor que habla de un Dios Padre, y que de este modo construye fraternidad; que se hace solidario de nuestras fallas y que se transforma en servicio cotidiano y humilde. De Jesús tenemos que aprender a amar **como** Él nos amó, con una amor vivido en su mismo estilo. Este es el desafío, que resulta interesante plantearse como Colegio de Iglesia en este tiempo de Semana Santa. El amor es el tema decisivo en la experiencia cristiana, tanto cuando se habla de la relación del hombre con sus semejantes como de la relación del hombre con Dios. La gran afirmación bíblica es que nos hacemos más propiamente humanos cuando llegamos a sabernos amados y capaces de amar. Y esto debemos afirmarlo con fuerza, a pesar de todo el desgaste padecido por la palabra «amor» en nuestro lenguaje cotidiano.

El fundamento de todo: la experiencia del amor de Dios.

La Primera Carta de Juan apunta al núcleo de la experiencia bíblica cuando dice: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como expiación por nuestros pecados. Amigos míos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (1 Juan 4,9-11).

El amor tiene a Dios como primer sujeto. El amor surge de Dios. El amor es regalo de Dios, porque Él nos ha amado primero. Y al hacerlo nos ha hecho capaces de amar, en respuesta a su amor. Este debe ser el

eje articulador de toda reflexión cristiana sobre el amor: tomar en serio el amor que Dios nos tiene (1 Juan 4,16).

Este amor de Dios, en concreto, se nos ha manifestado de un modo privilegiado en Jesús. El Hijo amado que ha asumido una carne semejante a la nuestra en orden a nuestra salvación. El Hijo que por amor y en obediencia a la voluntad del Padre se ha hecho débil, vulnerable, hasta el punto de poder ser conducido a la cruz. Jesús muerto en cruz nos da la medida del amor de Dios (cf. Juan 3,16; Romanos 5,6-11). Y al hacerlo nos invita y enseña a amar con un amor que siga su huella.

Detengámonos a contemplar este amor de Dios. En primer lugar, resalta su universalidad. Es un amor que se ofrece por igual a todos los hombres. Jesús muere en la cruz por la salvación de la multitud, de todos. Es un amor dirigido a la humanidad como un todo (cf. Juan 11,49-52). Es una Luz Verdadera que viene a iluminar a todo hombre.

Pero en esta afirmación genérica, ciertamente verdadera, no está lo más original del amor universal del Dios cristiano. Este es un amor activo que se abre paso a través de situaciones que parecen oponerse a esa dimensión de universalidad. El amor de Dios manifestado en Jesús derriba el gran muro que dividía a judíos de paganos (Efesios 2,11-22). Ese gran muro que al caer derriba también todos los otros muros que dividen a la humanidad concreta en grupos antagónicos. No es un genérico amor "a todos", a unos y a otros por igual, sino un amor activo que realiza la reunificación de los dispersos, de los que mutuamente se desprecian. La fuerza del amor universal está en esta capacidad de superar los antagonismos concretos, históricos, que dividen a los hombres.

El amor universal manifestado en Jesús es el que supera y traspasa las fronteras concretas que en las circunstancias reales dividen y oponen entre sí a los hombres. Jesús es capaz de establecer una relación positiva con los publicanos (cf. Lucas 19,1-10), la mujer samaritana, los pecadores y pecadoras públicos. Para mostrar la universalidad del amor de Padre, Jesús rompe las barreras concretas que oponen a los hombres entre sí en la vida concreta. Incluso esa barrera que parece ser infranqueable para un hombre religioso, que es aquella que separa a los justos (o aparentemente tales) de los pecadores (cf. Mateo 5,44-48).

Hoy se hace indispensable insistir con fuerza en la universalidad del amor de Dios, pero no sólo como afirmación genérica y abstracta, aceptada como obvia por todos, sino sacando sus consecuencias concretas. «La universalidad del amor de Dios que se nos reveló en Jesús es expresada ciertamente con grandes palabras, pero ante todo se hace realidad en pasos concretos y a veces chocantes, que en cada situación deben ser renovados»¹. Si hoy somos incapaces de sentir lo escandaloso que significa afirmar el amor universal de Dios, es porque aún nos falta adentrarnos más en él². Y ello nos impide, por lo mismo, testimoniarlo en concreto.

¹ Bernhard WELTE *Dialéctica del amor*. Buenos Aires: Ed. Docencia, 1984 p.46. Las reflexiones anteriores deben mucho a la conferencia de Welte recogida en este volumen.

² Este asunto está ligado al tema del «escandalizarse» por el modo como Jesús actúa. Es decir, tropezar con el estilo de su obra por no entenderla (cf. Marcos 6,3; Mateo 11,6; 13,57; 15,12; Lucas 7,23; Juan 6,61). Está igualmente vinculado al tema del «murmurar» contra Jesús (cf. Mateo 20,11; Lucas 5,30). Cf. también Lucas 11,46.

Un segundo rasgo muy característico del amor de Dios es su poder, su eficacia. Es un amor que perdona, pero no de modo superficial. No "haciendo la vista gorda" frente a las faltas del hombre, para así evitar los castigos correspondientes. Es un amor que se acerca al pecador para sanarlo. Para reconstituirlo desde lo más íntimo de su ser. Esta capacidad de perdonar tan hondamente como para ofrecer un punto de partida nuevo a cada persona concreta es lo que manifiesta en plenitud el amor de Dios (cf. Juan 8,10-11). Es un perdón revitalizador, no humillante, ni meramente disimulador de la falta. Es un perdón que establece en una situación que puede ser considerada aún mejor que aquella previa a la falta³. De allí que podemos cantar en la Vigilia Pascual «¡Oh feliz culpa que nos mereció tan gran Redentor!».

El Dios de Amor es el que quiere la vida plena del hombre por sobre todas las cosas. Y que en consecuencia está permanentemente activo en orden a lograrlo. Nada ni nadie puede impedir que Dios siga amando y ofreciendo la posibilidad de una vida plena a todo hombre, en cualquier circunstancia. Ello nos ayuda a reconocer que la verdadera Justicia de Dios no consiste en la mezquina aplicación de sanciones proporcionalmente adecuadas a las culpas, sino en la capacidad de acoger, perdonar y dar vida al hombre caído⁴.

Esta eficacia del amor de Dios ofrecido sin ningún mérito nuestro nos pone ante su absoluta gratuidad. Su amor es siempre lo primero, el fundamento de nuestra vida (cf. Romanos 5,6-11).

El amor que se nos ha manifestado en Jesús.

En la persona de Jesús de Nazaret el amor de Dios ha tomado rostro concreto, privilegiado, definitivo. Jesús no sólo es la garantía del amor que Dios nos tiene, sino también aquel que mediante su actuar nos va manifestando el estilo de acuerdo al cual Dios ama. Jesús amando nos enseña a amar. Nos indica el camino del amor. De allí que sea interesante atender con cuidado al modo concreto del actuar de Jesús desde esta perspectiva del amor. Y hacerlo desde la convicción de que «estar con Cristo es estar con los grandes amores de Cristo y renegar de los grandes rechazos de Cristo»⁵.

A mi entender, el rasgo más determinante del amor de Dios en cuanto se nos ha manifestado en Jesús es su pobreza, su abajamiento, su "discreción", como alguno lo ha llamado⁶. Su «kénosis», para usar un tecnicismo exegético. Este rasgo está muy bien presentado por Pablo en Filipenses 2,1-11 y 2 Corintios 8,9⁷, entre otros textos. Pero es en la Carta a los Hebreos donde encontramos la más acabada reflexión neotestamentaria al respecto (Hebreos 2,10-18; 5,5-10).

³ En Romanos 6,1ss. Pablo responde a la posible rápida conclusión que algunos podrían sacar de la afirmación anterior: «entonces es bueno que abunde el pecado para que sobreabunde la gracia».

⁴ Cf. la más "evangélica" de las parábolas: Lucas 15,11-32.

⁵ José Manuel SANTOS A. *Las grandes opciones de Cristo*. Santiago: Paulinas 1987 p.6.

⁶ Estoy pensando en la luminosa obra de Christian DUQUOC *Mesianismo de Jesús y discreción de Dios. Ensayo sobre los límites de la cristología*. Madrid: Cristiandad 1985.

⁷ Notar que en este texto el tema de la pobreza de Jesús se encuentra directamente situado en el contexto del "agape": vv.7-8.

Mediante su vida Jesús nos mostró que, de facto, el amor universal y vivificante del Padre se hace tal en la pobreza y el consecuente despojamiento de toda forma de poder humano. Es este el camino concreto mediante el cual el Amor se avecina al hombre, casi sin dejarse sentir, sin ostentación, facilitando así la posibilidad de un encuentro cuya hondura es imposible de predecir en el primer instante. Jesús sentado junto al pozo de Jacob conversando con la samaritana es un modelo paradigmático de este estilo de actuar del amor de Dios (Juan 6,1-42)⁸. El amor sólo puede hacerse realmente universal cuando se hace pobre, débil, capaz de compasión porque probado en todo igual que los demás. Con su práctica Jesús nos muestra el camino del amor verdadero. Y para llegar a esta universalidad desde la pobreza y la renuncia de sí mismo, Jesús debe vencer la tentación del poder, la riqueza y la fama (cf. Mateo 4,1-11 y Lucas 4,1-13).

Una dimensión muy particular de este amor es el cariño con que Jesús acoge a quienes se acercan a Él (cf. Marcos 10,21) y su característica insistencia en el amor universal, incluso al enemigo (cf. Mateo 5,44; Lucas 6,27.35; 7,5.42). Abriendo su corazón a los pecadores, a riesgo de ser considerado uno de ellos, Jesús nos muestra el estilo distintivo de su modo de amar.

Pablo, que reflexiona ampliamente sobre el asunto, lo llama «la locura de la cruz». El amor de Dios manifestado en Jesús sigue un camino desconcertante para todo hombre. El texto de 1 Corintios 1,18 - 2,5 nos introduce en el corazón de esta problemática a nivel teológico, y 2 Corintios 4,7 - 5,21 nos sitúa ante las dimensiones más espirituales o existenciales de la misma. Pablo no sólo reflexionó sobre la pobreza, o abajamiento, por amor de Jesús, sino que la vivió ampliamente en el ejercicio de su propio ministerio (cf. 2 Corintios 12,7-10.14-15, entre muchos otros textos).

Las consecuencias para el creyente.

El tema del mandamiento nuevo del amor a Dios y a los hermanos⁹ como resumen de toda la Ley y los Profetas¹⁰ es algo que conocemos bien y sobre lo cual no cabe insistir. Incluso creo que todos también estamos de acuerdo en que no se puede amar a Dios a quien no vemos, sin amar al hermano concreto que está cerca nuestro¹¹. Y que, por lo mismo, toda la Ley puede ser resumida, sin reduccionismos, en el mandato del amor al hermano¹². Sobre todos estos principios generales existe total acuerdo. El asunto está en precisar qué significa, real y concretamente, «amar» en el día de hoy.

De las anotaciones bíblicas anteriormente señaladas quisiera destacar cuatro aspectos que hoy día me parecen particularmente relevantes.

⁸ Cf. Segundo GALILEA *Jesús el Misionero*. Santiago: Paulinas 1989.

⁹ Cf. Juan 13,34-35.

¹⁰ Cf. Marcos 12,28-34 y Mateo 22,34-40.

¹¹ Cf. 1 Juan 4,20-21.

¹² Como hace Pablo en Romanos 13,8-10.

a. También en la vida personal el amor de Dios es el que tiene la prioridad absoluta. El mandamiento nuevo del amor no puede ser entendido como mera exigencia impuesta sobre el creyente¹³. Lo primero no es tanto el hacer algo a partir de nosotros mismos, sino más bien el hacer espacio al amor de Dios para que se despliegue plenamente en nosotros. El experimentarnos vitalmente amados, acogidos, perdonados por Dios es lo que hace posible nuestra respuesta de amor al hermano¹⁴. Para crecer en el amor, por tanto, la primera tarea no es la mera decisión voluntarista de ser más generosos, sino el abrir más hondamente el corazón al amor de Dios. Es reconocer nuestra fatiga y agobio e ir a Jesús para tomar su suave yugo y aprender de Él la mansedumbre y la humildad (cf. Mateo 11,28-30).

Jesús, plenamente confiado en el Padre, es el modelo supremo de lo que debe ser nuestra actitud. Sin ese hacer de la voluntad del Padre el propio alimento es imposible proponerse un auténtico camino de amor. En este contexto cabe recordar las palabras finales de Jesús en el discurso de la Última Cena: «Les he dado a conocer quién eres, y aún seguiré haciéndolo, para que el amor que me tienes esté en ellos y para que yo mismo esté en ellos»¹⁵. El «estar» en el amor del Padre y del Hijo es lo que hace posible nuestra respuesta de amor¹⁶.

b. Conceder prioridad al amor de Dios significa aprender de Él un estilo de amor. Esto es particularmente claro en lo que se refiere a la dimensión del no exclusivismo del amor. Pablo expresa agudamente esta dimensión: «En Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por la caridad» (Gálatas 5,6). «Así, entonces, los cristianos nos hallamos convocados al amor por la palabra de Dios, es decir, por la revelación de Dios en Jesucristo. Al amor conforme a aquel modelo que en la muerte de Jesús fue manifestado de la manera más expresiva. A la entrega "por los muchos", al amor que perdona pecados y que es capaz de superar lo malo con el bien. Al amor, que es capaz de superar e ir más allá de todas las barreras y desvalorizaciones de naturaleza social o de cualquier otro tipo; que puede recibir al otro hombre por más desfigurado u oscurecido que aparezca. Al amor y a la fuerza, que le es inmanente, de reconciliación, de perdón y de redención que suscita alegría y esperanza. Al amor hacia todo lo que tiene rostro humano, pero con preferencia hacia todo "pecador" y hacia lo humano oscurecido, reducido u oprimido de cualquier manera.»¹⁷

¹³ Ciertas exhortaciones sobre el mandamiento del amor mutuo y la generosidad se asemejan peligrosamente a esos pesados yugos impuestos por los fariseos a sus contemporáneos (cf. Mateo 23,4 y Lucas 11,46).

¹⁴ A nivel puramente exegético a veces se alude a esto señalando que los imperativos presentes en el texto bíblico están precedidos de un indicativo. Antes de exigir algo es indispensable aprender a ver, a descubrir la obra de Dios que actúa en medio nuestro. De otro modo, la vida cristiana se transforma en moralismo y no en gozosa experiencia del amor de Dios derramado en nuestros corazones.

¹⁵ Juan 17,26. Cito de acuerdo a la traducción ecuménica *Nuevo Testamento y Salmos. Biblia de Estudio*, publicada por las Sociedades Bíblicas Unidas en 1990.

¹⁶ Efesios 5,2 exhorta a vivir en el amor a partir del mismo tipo de motivaciones.

¹⁷ Bernhard WELTE *Dialéctica del amor* pp.47-48.

c. El mensaje bíblico sobre el amor pone un acento especial en la necesidad de dejarse conmover por la necesidad concreta de las personas. En la parábola del «Buen Samaritano» se alude a esta "conmoción de las entrañas" que el samaritano siente frente al hombre herido (Lucas 10,33). Habitualmente esta expresión es traducida por "sentir compasión", "compadecerse", lo que en nuestro lenguaje actual tiene un matiz algo desagradable. En el texto bíblico se trata de algo más fuerte, de "conmoverse interiormente", de perder la impasibilidad. De abandonar el frío cálculo de lo previsto y dejarse perturbar en los propios proyectos por las necesidades reales de las personas con las cuales nos encontramos. Esta actitud es la que tiene Jesús frente a las personas necesitadas¹⁸ y la muchedumbre¹⁹. Es también la actitud de algunos personajes centrales de las parábolas que presentan la actitud de Dios²⁰. No se trata de una postura algo superficial sino de esa actitud profunda de Dios que permite descubrir el sentido de los procesos históricos (cf. Lucas 1,78).

Se aprende el auténtico amor evangélico cuando uno acepta dejarse conmover por las necesidades concretas de los demás. El amor bíblico no es una respuesta fríamente prevista, el resultado de un riguroso cálculo de costos y resultados. La creatividad del amor está precisamente en esa capacidad de enfrentar situaciones no previstas involucrándose personalmente en la respuesta a ellas.

d. La condición última que hace posible el amor, y que es el resultado del confiarse plenamente en Dios, es el hacerse débil y pobre como Jesús. Es decir, llegar a creer en la eficacia de la locura de la cruz. Este amor ofrecido codo a codo, desde la lúcida experiencia de la propia debilidad, sin una preocupación obsesiva por la eficacia es lo que nos introduce más hondamente en la dinámica de la caridad evangélica. Resulta interesante leer desde esta perspectiva los consejos para la misión dados por Jesús a sus discípulos (cf. Marcos 6,7-11; Mateo 10,5-42; Lucas 9,1-5; 10,1-16). También el gesto simbólico del lavado de los pies, con el cual Jesús desea explicitar el sentido de su amor hasta el extremo (Juan 13,2-15). Lo mismo en el "Discurso de despedida" que Lucas pone en boca de Jesús (Lucas 22,24-28)²¹.

Lo que hace posible entrar en la dinámica de un amor como el de Jesús no es la acumulación de capacidades o la gran eficacia, sino el aprender a hacerse pobre con los pobres y débil con los débiles²². Este es el único camino posible para no desvirtuar la fuerza específica del Evangelio²³.

Conclusión

En este Jueves Santo les invito a plantearse claramente una pregunta por el sentido de nuestro amor. Acompañar a Jesús en el camino de la cruz en entrar en la misma dinámica de su amor, compartiendo con Él su sentido más profundo, su hondura interior. Esto hay que hacerlo vida en cada uno de otros. Y también ayudar a otros a que aprendan a vivirlo, a que lo encarnen en sus propias vidas.

¹⁸ Cf. Marcos 8,2; Mateo 14,14; 15,32; 20,34; Lucas 7,13.

¹⁹ Cf. Marcos 6,34; Mateo 9,36.

²⁰ Cf. Lucas 15,20; Mateo 18,27.

²¹ Pablo entiende del mismo modo su propio ministerio cuando se despide de los Presbíteros de Éfeso: Hechos de los Apóstoles 20,33-35.

²² Cf. 1 Corintios 9,19-23.

²³ Cf. 1 Corintios 2,1-5.

